

Los alemanes en Colombia

Escribe: **SILVIO VILLEGAS**

Romanizada por Julio César y cristianizada por los visigodos, los ostrogodos y los lombardos, Alemania ha sido a través de los siglos un potente faro de la cultura humana. Sus pensadores, sus filósofos, sus letrados, sus estadistas, sus guerreros se destacan gigantes desde los tiempos de Carlos V, emperador de Europa. Tal vez, ningún otro país de la tierra ha producido tantos genios en las diversas actividades de la acción y del espíritu: Lutero, Kant, Hegel, Fichte, Shopenhauer, Nietszche, Lessing, Klopstock, Goethe, Schiller, Herder, Holderlin, Novalis, Spengler, Tomas Mann, Hans Holbein, Alberto Durero, Haendel, Joan Sebastián Bach, Mozart, Beethoven, Ricardo Wagner, Federico el Grande, Bismarck. Aun en los tiempos más ásperos de la lucha con Francia, después de la amarga derrota de Sedán, Renán no vacilaba en considerar a Alemania como uno de los organismos esenciales del genio moderno y de la conciencia europea, y agregaba:

“Nadie ha amado ni admirado más que yo vuestra grande Alemania, la Alemania que desde hace cincuenta o sesenta años, personificada en el genio de Goethe, representada a los ojos del mundo por esta maravillosa reunión de poetas, de filósofos, de historiadores, de críticos, de pensadores, que verdaderamente ha agregado un dominio nuevo a las riquezas del espíritu humano. Mucho de lo que nosotros somos se lo debemos a esta Alemania extensa, inteligente y profunda, que nos ha enseñado el idealismo con Fichte, la fe en la humanidad con Herder, la poesía del sentido moral con Schiller, el deber abstracto con Kant”.

Nosotros le debemos, además, a Alemania buena parte de la conquista y de la colonización de nuestro suelo, y una porción muy considerable en la constitución de la nacionalidad. En efecto, la exaltación de Carlos V al trono del Sacro Imperio Romano, convirtió a España y a Alemania en una sola nación sometida a un solo monarca. Esto abrió inmensas posibilidades comerciales al naciente reino germánico, lo que fue aprovechado por las dos casas principales de Ausburgo, la de los Fugger y los Wesler, que se lanzaron audazmente a multiplicar su poderío y su riqueza. Los Wesler son los precursores más enérgicos del moderno capitalismo, rivales de los Alberti y de los Médicis. Sorprende la extensión desmesurada de sus negocios que los coloca al lado de los grandes capitanes de la industria moderna, de los banqueros de Wall Street.

Los Wesler tenían sus oficinas en las principales ciudades de Alemania, de Italia y de España, desde Nuremberg y Franfort hasta Sevilla y Madrid. La familia Wesler tenía especial interés en el comercio con el Oriente legendario, y financió varias expediciones antes del descubrimiento de América. Como banqueros que eran del emperador Carlos V lograron sus concesiones en América y organizaron su primera oficina en el Nuevo Mundo, en Santo Domingo y luego en las costas de Venezuela y de Colombia, donde las desembocaduras del Orinoco, del Magdalena y del Atrato les hacían presentir ricos territorios desconocidos.

NICOLAS DE FEDERMANN

Para realizar la conquista de Venezuela enviaron a Nicolás de Federmann, militar y mercader, quien había nacido en Ulm, de una familia entre protestante y católica. Federmann salió de San Lúcar de Barrameda el 2 de octubre de 1529 al frente de un centenar de hombres españoles y alemanes. El objeto de su viaje era llevar auxilio a Ambrosio Alfínger, alemán también, gobernador de Venezuela y factor de la compañía de los Wesler. En Venezuela emprende las más arriesgadas travesías hacia Coro, hacia la Goajira, hacia el interior del país, impulsado por una ambición devoradora. Esto poco interesa a nuestra historia. Pero una extraña leyenda varió el rumbo de sus expediciones. Sobre el origen de *Eldorado* escribe Juan Friede, quien ha investigado minuciosamente el tema:

“El revuelo que produjo el descubrimiento del Perú entre los pobladores asentados en las Antillas y en las costas del mar Caribe, y el secreto de que Hernando Pizarro rodeó su viaje a España con el botín obtenido tras de la muerte de Atahualpa, excitó la fantasía de los conquistadores. En Santo Domingo cristalizó una leyenda, apoyada en la incierta y complaciente geografía, sobre un país de maravillosas riquezas, situado entre el Perú y el Río de la Plata, dos provincias cuyos territorios eran prácticamente desconocidos en aquella época. De tal manera arraigó en Santo Domingo esta leyenda que la propia Real Audiencia informaba al Consejo de Indias que según las alturas y graduaciones tomadas por cosmógrafos y pilotos, territorios riquísimos se encontraban en el paraje de enfrente de esta isla (es decir, la de Santo Domingo) y la de San Juan, entrando por línea recta al sur y al mediodía, llegando a la línea equinoccial, antes y después de pasado de ella y no vaciló en autorizar una gran expedición de 400 hombres a caballo y 200 a pie, a fin de descubrir este dorado, después de platicar muchas veces con los pilotos”.

Existían, además, una versión chibcha y otra no menos fantástica de *Eldorado*, que lo ubicaba en las cabeceras del río Meta. Estuvo de moda la creencia de que en las cuencas de este río y del Guaviare estaba la verdadera entrada a *Eldorado*, lo que atrajo extrañamente a Federmann, después de haber realizado otras en busca del gran tesoro imaginario. Ponce de León buscó *Eldorado* en Florida y los argonautas en su expedición a la Cólquida en la Grecia legendaria. Acaso la humanidad no haya buscado nunca otra cosa.

Al llegar al Guaviare (hoy Ariari), Federmann encontró entre los indios muchos objetos de oro, que recibía frecuentemente en rescate. Los nativos le manifestaron que dichos objetos “venían de la otra banda de la sierra, que quedaba sobre su mano derecha, hacia el poniente”. Sin vacilar emprendió la ascensión hacia la cordillera, subió el páramo de Sumapaz y descendió siguiendo el curso del Fusagasugá, llegando a Pasca con una tropa hambrienta y desnuda. Las pieles de los animales les servían de vestido.

El capitán Lázaro Fonte, quien había sido desterrado por Jiménez de Quesada le avisó a este el arribo de Federmann, quien traía 160 hombres de guerra y 70 caballos. Jiménez de Quesada le salió al encuentro en son amistoso. Los dos conquistadores se entrevistaron en Bosa, con sus respectivas guardias. La entrevista fue a la vez cordial y ceremoniosa. Cada uno reclamó sus títulos al gobierno: Jiménez de Quesada por haber descubierto la comarca y Federmann, porque tenía la certidumbre de que pertenecía a la gobernación de Venezuela. Ambos marcharon luego a Santa Fe, de reciente fundación. Allí tuvieron noticia de que en el río Magdalena acampaban las tropas de Belalcázar. Federmann rechazó toda propuesta de alianza con el lugarteniente de Pizarro. Así entraron pacíficamente a Santa Fe, luego de celebrar una convención en la cual sometían su diferendo a la corona española. La naciente aldea se vistió de júbilo por la concordia lograda. Siguiendo el consejo de Belalcázar, quien sostenía que lo importante no era conquistar sino colonizar, Jiménez de Quesada procedió a establecer un gobierno civil; designó las autoridades correspondientes, trazó calles y repartió solares, y finalmente encargó de la cura de almas al presbítero Juan Verdjo, capellán de la tropa de Federmann.

En esta forma el conquistador tudesco colaboró decisivamente no solo en la fundación de Bogotá, sino también en la creación del Nuevo Reino de Granada. A diferencia de Belalcázar y de Jiménez de Quesada dejó todos sus hombres entre nosotros, y así contribuyó no solo a poblar a Bogotá sino a las ciudades de Vélez y de Tunja. Descendientes de los conquistadores tudescos son seguramente los “indios rubios” de Boyacá.

Era Federmann de “pelo rojo”, bien proporcionado en todos sus miembros, valiente y sufrido, fiel servidor de Dios, de índole emprendedora y de temperamento pacífico.

AMBROSIO ALFINGER

Casi tan importante como la expedición de Federmann fueron las que realizaron en tierra colombiana Enrique Ehinger y Ambrosio Alfínger, también agentes del banco que regentaban en Ausburgo los hermanos Wesler. Alfínger partió también de Coro en Venezuela, y después de emprender varias correrías por tierras de su mando, cruzó de Norte a Sur el territorio de los dos Santanderes, con ciento treinta infantes y cuarenta hombres de a caballo. Después de descansar algunos días en Río de la

Hacha se internó en el Valle de Upar. En las márgenes del río Cesar, en la provincia del cacique Tamalameque, le seduce la población de Thamara, “bellamente situada sobre una loma, con sus mil bohíos diseminados entre arboledas de frutales, dando el frente a la ciénaga de Zapatoca y bañado su flanco derecho por las aguas del río”. Alfínger llegó hasta el valle donde hoy está situada la ciudad de Bucaramanga. Murió en un combate con los indios, atravesada la garganta por una flecha envenenada y fue sepultado en el valle que se llamó en adelante Mícer Ambrosio y en el cual se levanta hoy la población de Chinácota. Se le ha acusado de crueldad y de haber devastado las poblaciones indígenas, pero investigaciones más profundas han demostrado que esta tarea la realizaban los propios nativos. Según Otero D’Acosta, Alfínger debe ser juzgado sin pasión y contado entre los más valerosos soldados de la conquista, no exento de ambición, como todos ellos.

JORGE SPIRA

Sucedió a Alfínger en el gobierno de Venezuela, Jorge Spira, nacido en Baviera, quien siguió las huellas de su animoso antecesor. En busca de *Eldorado* llegó hasta los valles orientales (Apure y Casanare). Después de franquear heroicamente hasta el Guaviare, antes que Federmann y que conquistador alguno, encontrándose sin recursos y con la tropa diezmada por el paludismo, tuvo que desandar el camino recorrido, y regresó a Coro, donde murió de fiebre a fines de 1540.

EL BARON ALEJANDRO DE HUMBOLDT

Si el papel de los expedicionarios alemanes fue decisivo en la conquista y colonización de Colombia, no tuvo menos importancia tres siglos más tarde la breve visita del Barón Alejandro de Humboldt. Nació el naturalista en Berlín, en septiembre de 1769, el mismo año en que había nacido Napoleón Bonaparte. Su cultura y sus conocimientos universales convencieron a su amigo Goethe, a tal punto que no vaciló en decir: “¡Que hombre! Hace tanto tiempo que lo conozco y siempre vuelve a producirme asombro. Puede afirmarse que su ilustración y saber viviente no tienen igual. Y una multiplicidad como no la he visto nunca! ¡Cualquier punto que se le toque le es familiar y nos arrolla con sus tesoros espirituales!”.

Indiscutiblemente la empresa fundamental de su vida fue su viaje a América sobre el cual escribió varios volúmenes, que constituyeron uno de los acontecimientos de su época y que se siguen leyendo con interés y provecho. Humboldt entró a América por la región de Cumaná, en el occidente de Venezuela. Acompañado por el médico-botánico francés Bompland emprendió una odisea colmada de incidentes apasionados, a lo largo del río Orinoco, con el empeño de investigar si existía una comunicación natural entre el Orinoco y el Amazonas, de la cual hablaban desde hacía mucho tiempo españoles y portugueses. De allí trajo más tesoros que Simbad de sus expediciones marinas.

Humboldt y Bonpland entraron a Colombia por Cartagena de Indias, que era entonces el camino obligado hacia Quito. Allí se les presentaron dos rutas: la de Panamá, por el valle del Chagres o la del Magdalena, Popayán y Pasto. Humboldt eligió esta última con el ánimo de examinar los trabajos de la Comisión Botánica y de dialogar con el sabio Mutis. Además, por consejo de don José Ignacio de Pombo, deseaba realizar una visita a Popayán "donde encontraría un país virgen y acaso el más rico de este reino, de producciones raras y extraordinarias".

Los naturalistas embarcaron en Barranquilla, y gastaron dos meses para llegar hasta Honda, en embarcaciones primitivas, realizando fecundas y variadas investigaciones. Pacientemente levantaron el primer mapa del río. Luego continuaron por la ruta de Guaduas hacia Santa Fe. El propio arzobispo fray Fernando del Portillo les envió su coche para recibirlos. Dos meses permanecieron en la ciudad, alojados en una casa próxima a la que ocupaba el venerable sacerdote y naturalista gaditano. Mutis y Humboldt trabaron una amistad que debía durar toda la vida.

La Expedición Botánica ocupaba varios naturalistas, dibujantes y pintores encargados de componer la "Flora de Nueva Granada", de la que se conservan 6.717 láminas coloreadas, que constituyen un tesoro del arte y de la ciencia. Mutis obsequió a Humboldt con más de un centenar de sus trabajos. A su vez el polígrafo alemán le llama "patriarca de la botánica"; somete a su conocimiento y rectificación su *Ensayo sobre la geografía de las plantas*, y se convierte en su defensor y propagandista.

Después de una permanencia de sesenta días en Santa Fe, Humboldt y Bonpland siguieron a Popayán tomando la ruta del Quindío, por una región abrupta y arrugada, a pie y acompañados por doce bestias de carga que llevaban sus instrumentos y las preciosas colecciones formadas en sus travesías por el Nuevo Mundo. Acosados por la tempestad y por la lluvia llegaron a Cartago y remontando el río Cauca arribaron a Popayán que les ofreció grato abrigo. Don Francisco Diago les procuró la oportunidad de ascender al volcán del Puracé, medirlo barométrica y geométricamente y recoger rocas en su zona para enriquecer la colección española del Real Gabinete de Historial Natural.

HUMBOLDT Y BOLIVAR

Humboldt formado en el siglo de la ilustración, coetáneo de los enciclopedistas y de la revolución francesa, compartía con la aristocracia criolla la idea de la emancipación americana, pero durante su estancia en el Nuevo Mundo la consideraba todavía prematura. Humboldt conoció a Bolívar en 1804, en los salones perfumados de Fanny Derrieu de Villars, que se consideraba prima del exaltado joven venezolano. Al ser interrogado el naturalista por Bolívar sobre la emancipación de las colonias españolas, le manifestó que "aunque consideraba el país en madurez para su independencia, no veía ningún hombre capaz de dirigirla". En 1805 volvieron a encontrarse los dos personajes en Roma. Consumada la revolución americana, Humboldt interesado en la expedición de Rivero y Boussingault le escribe a Bolívar:

“Señor Presidente:

La amistad con la cual el general Bolívar se dignó honrarme después de mi regreso de México, en una época en que hacíamos votos por la independencia y libertad del Nuevo Continente, me hace esperar que, en medio de sus triunfos, coronados por una gloria fundada en grandes y penosos trabajos, el presidente de la República de Colombia recibirá todavía con interés el homenaje de mi admiración y de mi decisión afectuosa. Me atrevo a recomendar a la grande bondad de Vuestra Excelencia los portadores de estas líneas, dos jóvenes sabios cuya suerte y éxito me interesan mucho; el señor Rivero, natural de Arequipa, y el señor Boussingault, educado en París. Fundador de la libertad y de la independencia de vuestra bella patria, vais a aumentar vuestra gloria haciendo florecer las artes de la paz. Inmensos recursos van a ofrecerse por todas partes a la actividad nacional. Esta paz, que vuestros ejércitos han conquistado, no puede desaparecer, pues no teneis enemigos exteriores y sí bellas instituciones sociales, sabia legislación que preservará a la república de la mayor de las calamidades, las disensiones políticas. Reitero mis votos por la grandeza de los pueblos de América, por el afianzamiento de una sabia libertad y por la felicidad de aquel que ha mostrado noble moderación en medio del prestigio de los sucesos”.

Alemania está, pues, presente en la historia de Colombia, con sus capitanes, sus pobladores y sus sabios, esparciendo la savia germinante de su genio así como su energía creadora. Y en los años tormentosos de nuestra vida republicana los alemanes han sido en diversas regiones del país rudos agentes del progreso y de la paz.

HERMANN ALBERT SCHUMACHER

Con la comisión corográfica estuvo trabajando el sabio naturalista alemán Hermann Albert Schumacher, cuyos vastos conocimientos ejercieron profunda influencia en las mentalidades más sobresalientes de la Nueva Granada, en hombres de la talla de Liborio Zerda, Ezequiel Uricoechea, Florentino Vega, Francisco Bayon, en asocio de los cuales fundó la sociedad de naturalistas neogranadinos, para continuar la tarea de la expedición botánica. Schumacher estudió nuestro medio físico y geográfico, nuestros climas, nuestra flora, y en general todo lo relacionado con las ciencias naturales, la arqueología, la botánica. Además escribió dos excelentes biografías del sabio Caldas y del general Agustín Codazzi.

LA MISION PEDAGOGICA ALEMANA

El insigne educador don Dámaso Zapata, como secretario de instrucción del presidente Eustorgio Salgar, contrató en Alemania una misión pedagógica para la fundación y dirección de las escuelas normales del país, integrada por varones de esclarecida inteligencia y exigente disciplina. El gobierno los repartió en la siguiente forma en los estados soberanos de entonces: Gotthold Weis, para Antioquia; Julio Wallner, para Bolívar,

Augusto Pankou, para Cauca; Carlos Meisel, para Magdalena; Ofra! Wirsing, para Panamá; Alberto Blume, para Cundinamarca; Gustavo Radlack, para Tolima; Ernesto Hotschinck, para Boyacá, y Carlos Uttermann, para Santander.

A su turno el estado de Antioquia trajo por su cuenta a los profesores Cristian Siegert y Bothe, para dirigir la Escuela Normal de institutores, el primero, y una escuela primaria, el segundo. La señora Catalina Recker se encargó de la Escuela Normal femenina en Cundinamarca.

Todos ellos cumplieron noblemente su tarea y realizaron una verdadera revolución en las ciencias educativas implantando el método de Pestalozzi en remplazo del de Lancaster, ya un poco en desuso. Casi todos se vincularon definitivamente al país y realizaron una tarea paradigmática.

LOS ALEMANES EN SANTANDER

A mediados del siglo XIX se radicó en el Departamento de Santander don Geo Von Lengerke, hombre de acción y de pensamiento. El señor Lengerke había nacido el 31 de agosto de 1827 en Donhnsen and der Weser, en uno de los legendarios castillos alemanes de la época de Federico el Grande. En su patria llegó a ser capitán de los húsares de Prusia. Por cuestión amorosa, se batió en duelo caballeresco con uno de sus compañeros, a quien dejó muerto en el campo. La importancia de su contendor lo obligó a dejar el servicio y con la ayuda del propio rey de Prusia, de quien había sido camarada, tuvo que abandonar a Alemania y se estableció en Bucaramanga, en asocio de don Gustavo Wolmann, otro tudesco emprendedor e industrial. Juntos fundaron una importante casa comercial y se dedicaron al propio tiempo a fomentar la emigración de sus amigos y parientes. Fue así como llegaron a Bucaramanga los Stinkel, los Miller, los Jacobsen, los Mollers, los Hederich y otros importantes hombres de empresa, varones de deseos que han contribuido decisivamente al adelanto industrial y económico de Santander. Allí levantaron hogares esclarecidos que son alto honor de la sociedad colombiana. La ventaja de los alemanes sobre otros emigrantes es que se vinculan a la patria adoptiva, aprenden el idioma y mezclan su sangre con la ajena.

Lengerke, cuyo espíritu juvenil era de una actividad incansable, no se conformó con la calma urbana ni halló sosiego en la prosperidad de los negocios. Impulsado por el ansia emprendedora de los Federmann, los Alfínger y los Spira, colonizó vastos territorios en las orillas del Río de Oro en Girón y constituyó una empresa que denominó Corregidor, con el ánimo de fundar una nueva villa. Levantó allí acogedora mansión y se consagró al cultivo del cacao y del tabaco, logrando que este último fuera el favorito de la Casa Real de Prusia.

Algunos años más tarde, en 1852, avanza hacia Zapatoca y conociendo la inmensa riqueza de la región donde hoy prospera el municipio de San Vicente de Chucurí, se aventuró a fundar otro pueblo, descuajó selvas y abrió el camino entre Montebello, la aldea recién nacida y Barrancabermeja. También despejó la ruta entre Zapatoca y el Socorro, por donde más

tarde se construiría la carretera del Noroeste, que comunica a Bogotá con el Magdalena por esta región. Construyó casas, levantó una capilla católica, emprendió cultivos de tabaco, de cacao, de tagua, de añil y, explotando las quinas, estableció comercio de importación y exportación con Alemania. Por último, y a su costa, construyó el primer puente colgante que se conoció en el país, puente que lleva su nombre y que fue tendido en el sitio de Ruedas, sobre el río Suárez, para facilitar la comunicación con el Magdalena. Fue hombre de peregrino ingenio, de mente muy clara, celoso cumplidor del deber, amigo de fiestas y jolgorios que dejaron perdurable y grato recuerdo en la comarca. Murió en Zapatoca, en cuyo cementerio protestante reposa su tumba casi olvidada.

Atraídos por sus éxitos llegaron también a Santander el doctor Alberto Strauch, su señora doña María Eymerich y su cuñado don Federico Eymerich. El primero descendiente de teólogos alemanes y médico de merecido prestigio, quien murió también en Zapatoca. El profesor Strauch ejerció la medicina con excepcional lucimiento, con noble sentido filantrópico y desinterés extraterrestre. Falleció en avanzada edad dejando claro testimonio de vida.

JULIUS STIBER

El eminente educador Julius Stiber, de vastos y sólidos conocimientos, dirigió con singular pericia la escuela normal de Tunja y contribuyó a la transformación pedagógica del país. Don Gustavo Wickman fundó en Bogotá la Escuela Nacional de Comercio, que desde 1905 hasta su muerte formó numerosas generaciones colombianas, en el culto de Dios y de la patria.

EL PROFESOR PREUSS

En los años de 1913 y 1914, el profesor K. Th. Preuss, director del Museo Etnológico de Berlín, hizo un interesante viaje científico al Parque Nacional de San Agustín, contribuyendo a descubrir sus valiosos tesoros arqueológicos. "Fue explorada, dice, una extensión como de veinte kilómetros al occidente y el noroeste; de cuarenta kilómetros hacia el norte y nordeste y quince al oriente de San Agustín y se retrataron y modelaron, aproximadamente 120 estatuas de figuras humanas, y algunas también de animales". Como fruto de sus estudios escribió dos obras, de valor científico universal: *Arte monumental prehistórico* y *Excavaciones hechas en el Alto Magdalena y San Agustín* (1931).

Don Leo S. Kopp, patriarca ejemplarísimo, estableció en el Socorro la Cervecería Bavaria que, por un percance amoroso, trasladó luego a Bogotá, donde vive su honesta, trabajadora y numerosa descendencia.

EL BANCO ALEMAN ANTIOQUEÑO

En Barranquilla se destacó don Adolfo Held, representante de grandes firmas alemanas que negociaban con Colombia. Su importante casa comercial tenía agencias en varias ciudades del país. El señor Held fue

varón austero, emprendedor y progresista. Según lo recuerda el coronel Boy, impulsó la navegación en el río Magdalena, fundó el Banco Alemán y con su compatriota Augusto Tietjen, importó para su hacienda, en las sabanas de Bolívar, los primeros ejemplares de ganado cebú, raza que tan útilmente ha contribuido al desarrollo de nuestra ganadería.

LA SCADTA

Entre las más grandes realizaciones nacionales de todos los tiempos está la fundación de la Sociedad Colombo-alemana de Transportes Aéreos, que fue posible debido a la intrepidez, el coraje y la competencia de los alemanes que han venido a Colombia a completar la obra civilizadora de Federmann y de Humboldt. En 1919 llegó a Barranquilla el señor Werner Kaemmerer, agente viajero alemán que entre otras representaciones traía la de una fábrica de aviones de guerra ya transformada para usos comerciales. El señor Kaemmerer, se puso en comunicación con algunos de sus compatriotas radicados en Bogotá y Barranquilla y con personajes colombianos de influencia y de dinero.

El 5 de diciembre de 1919 se constituyó la *Sociedad Colombo-alemana de Transportes Aéreos* (SCADTA), cuya escritura fue suscrita por Alberto Tietjen, Ernesto Cortissoz, Rafael María Palacios, Cristóbal Restrepo, Stuart Hocie, Jacobo A. Correa, Aristides Noguera y Werner Kaemmerer. Poco tiempo más tarde la empresa recibió decisiva ayuda de dos jóvenes alemanes que cultivaban en su patria idéntico proyecto, los señores Guillermo Schnurbusch y Fritz Hammer, ingenieros y combatientes en la primera guerra mundial. La compañía se fundó con un capital de \$ 100.000.00, de los cuales solo el 40% fue inicialmente suscrito. Los primeros vuelos en territorio colombiano constituyen una proeza digna de los conquistadores. Basta decir que, a veces, los aviones era preciso amarrarlos con cabuya.

El primer viaje formal entre Barranquilla y Girardot se realizó el 12 de octubre de 1920, bajo el comando de Von Krohn, meritorio aviador alemán que le prestó insignes servicios a Colombia. En Girardot estuvieron presentes para recibir a los atrevidos pilotos el presidente de la República, don Marco Fidel Suárez, su gabinete y las altas autoridades civiles y eclesiásticas. El gobierno del señor Suárez celebró poco tiempo después con la compañía el contrato para el servicio aéreo que ha sido uno de sus principales coeficientes de progreso y que tan eficazmente les ha servido al gobierno, al comercio, a la industria, a la banca y a la nación entera. Factor y animador eminente de la SCADTA ha sido el coronel Hebert Boy, quien se incorporó a ella llevado por su espíritu de aventura.

Cuando estalló el conflicto con el Perú, en 1932, el coronel Boy, como jefe de pilotos de la SCADTA y el experto aviador von Engel, le ofrecieron sus servicios al gobierno del presidente Olaya Herrera para la campaña del sur, después de haber solicitado su retiro temporal de la compañía. Todo lo que sirvieron en aquella oportunidad solo Dios y la Patria lo saben. Los nombres de los intrépidos y valerosos capitanes están escritos en el cielo de Colombia.

Debido a los alemanes, a su pericia, a su arrojo, a su colaboración técnica y económica, el nuestro se adelantó a todos los países latinoamericanos en el campo de la aviación comercial, lo que hoy le permite a *Avianca* tender sus alas sobre el mundo.

CRISTIAN WOLFF

El genio germano está presente también en nuestra formación intelectual. En su famoso plan de estudios Moreno y Escandón recomendaba a Cristian Wolff para la enseñanza de las matemáticas, al dar respuesta a una solicitud sobre el tema del arzobispo-*virrey* Caballero y Góngora. El célebre jurisconsulto don José Félix de Restrepo leía sus cátedras de lógica, física y matemáticas en el Colegio de San Bartolomé y en el seminario de Popayán siguiendo los textos del filósofo alemán. Esta fue la matriz soberana donde se modeló su pensamiento a la vez conciliador y progresista.

LA LITERATURA ALEMANA EN COLOMBIA

Nuestros políticos y letrados se inclinaron hacia la vertiente latina por afinidades de temperamento y de idioma. El francés fue lengua obligatoria en nuestros colegios de segunda enseñanza. Sin embargo, en las últimas décadas Alemania ha inspirado grandes movimientos de renovación en la filosofía y en las letras. El judío alemán Enrique Heine fue uno de los poetas de cabecera de la generación romántica, y Enrique González Camargo uno de sus más afortunados discípulos. Muchos de los mejores poemas de Heine fueron traídos a nuestra lengua por Rafael Pombo, Ismael Enrique Arciniegas y Guillermo Valencia.

FEDERICO NIETZSCHE

Pero a ningún alemán le deben tanto nuestras letras como a Federico Nietzsche, de quien dijo Gide que "cada vez que tomaba en las manos un libro suyo, tenía la impresión de que no quedaba ya nada por decir, y que bastaría realmente con citarlo". Baldomero Sanín Cano, crítico y filólogo antioqueño que se paseó por todas las literaturas, tuvo oportunidad de conocer al duro filósofo germánico en la obra monumental de Jorge Brandés sobre *Las grandes corrientes literarias del siglo XIX*. Sanín logró importar a Bogotá algunas de sus obras, entre ellas *Así hablaba Zaratustra*, obras que alucinaron a los espíritus más selectos de su época. Sanín Cano fue el maestro de todos ellos, empezando por José Asunción Silva, quien no fue ajeno al influjo de "el profeta de las siete soledades". Pero sobre nadie actuó tan profundamente como sobre Guillermo Valencia que, al menos en su primera etapa, fue uno de sus más apasionados discípulos. A este propósito escribe Rafael Maya:

"Es indudable que a Valencia, en su condición de joven aristócrata americano, la moral de Nietzsche que implicaba un concepto selectivo de todos los valores humanos, no debía serle ingrata, tanto más cuanto que él estaba creando formas superiores de arte, donde recogía la experiencia intelectual de las grandes razas dominadoras: Grecia, Roma, la Italia del

Renacimiento, y la Bizancio de los últimos esplendores helenísticos. Hay que ser justos, sin embargo, y reconocer que no fue la filosofía de Nietzsche, radicalmente incompatible con sus ideas religiosas y su credo político, lo que entusiasmó a Valencia, sino la imaginación del escritor y su espléndido estilo, enigmático y luminoso como las profundidades astrales. A eso respondía el arte de Valencia, que amaba los contrastes violentos y que, anheloso de grandes síntesis, inventaba metáforas que aquilataban el poder objetivo de la fantasía”.

Entre los más elocuentes poemas de Valencia está una hermosa paráfrasis de Nietzsche, titulada *La parábola del monte*. El artista imperioso solía citarlo frecuentemente en sus magnas oraciones. Hasta Nietzsche se acercaron también todos los escritores modernistas, guiados siempre por el maestro Sanín. Este los relacionó, además, con otros poetas alemanes que fueron vertidos a nuestra lengua, en insuperables traducciones por el propio Valencia, por Víctor M. Londoño, por Eduardo Castillo, por Ismael Enrique Arciniegas.

GOETHE Y VALENCIA

Si la juventud de Valencia estuvo alborotada por Federico Nietzsche la madurez corrió bajo el signo de Goethe. Este le enseñó la medida, “la proporción, la norma y el inmortal estilo”. En honra suya compuso un poema inaccesible para el profano vulgo, portentosa síntesis de la vida y de la obra del autor de *Fausto*. Zaherido por un censor ilustrado que no entendió su poema, Valencia escribió un ensayo exegético sobre Goethe, que se leerá siempre con provecho. Allí nos muestra el camino que le permitió escalar mucho trecho en esta cima inaccesible de la cultura humana:

“Desde que yo era niño supo atraerme con fuerza irresistible la figura del gran poeta germánico. Leí entonces algunas de sus obras más conocidas, y de allí en adelante devoré cuanto significaba esta cifra mágica: Goethe. Biógrafos, comentadores, expositores, algo dejáronme entrever acerca de aquel genio cuyo tributo a las letras humanas se deja sentir por fenómenos tan intensos y peculiares, como la desembocadura del portentoso río Orellana, en el mar de Atlante. Hombre y creador, gozó el privilegio de pensar con plenitud incomparable. Reflejose en él todo: naturaleza, historia, lo ideal y lo real. Sed inextinguible de saber llevole a inquirirlo todo: ciencias naturales, filosofía, teología, bellas artes, historia, literatura universal, y con tanta intensidad y método, que sus opiniones en todos los campos se han hecho respetables para especialistas. Con razón hanlo llamado patriarca de la literatura universal, ciudadano del mundo, acontecimiento no solo alemán sino europeo. Hásele estimado unidad de medida para los valores de la cultura. Afirma Brandés que quien guste conocer el grado de cualquier civilización, comience por saber si estaría madura para Goethe”.

Valencia tradujo en su idioma imperial, algunos de los poemas de Goethe, entre ellos la *Elegía de Mariembad*, que es la cima del canto. Merced a Valencia quienes ignoramos el alemán podemos acercarnos por un esbelto acantilado al vasto océano de la poesía goethiana.

Nuestra generación recibió como un deslumbramiento *La decadencia de Occidente* de Oswald Spengler, en la insuperable traducción de Manuel G. Moravia que publicó don José Ortega y Gasset, quien tanto hizo por darle a la cultura española una dimensión germánica. No hay duda alguna de que el libro de Spengler, como lo declaró Ortega, fue la peripecia intelectual más estruendosa de su tiempo. Para usar su propio idioma esta epopeya romántica viene del mundo faústico, del Olimpo germánico, perdido en lo infinito, como el símbolo inmenso de la soledad. Es el *Fausto* de Goethe tal como hubiera sido posible escribirlo en el siglo XX. Pacientemente todos ensayamos nuestra perspicacia en ese libro. El le dio ámbito a nuestra imaginación y colorido a nuestro estilo. Confieso que todavía no lo entiendo sino en parte. No hay duda alguna de que Spengler es el último de los grandes europeos, de los que rebasan su siglo.

Profusa difusión han tenido entre nosotros, en las últimas décadas Franz Kafka, Hermann Hesse, Ernesto Junger, Jacobo Wasserman, y sobre todo Tomás Mann, quien alcanzó la más alta cumbre de la creación literaria. Los escritores alemanes ya se leen y se comentan entre nosotros, lo que no sucedía, sino por excepción, en el pasado.

LA FILOSOFIA ALEMANA Y LAS NUEVAS GENERACIONES

Al iniciarse la cuarta década de este siglo es cuando se hace más visible en Colombia la influencia de las ideas germánicas. Entonces empiezan a dar sus frutos los libros alemanes que editó Ortega y Gasset en su *Revista de Occidente*. Todos ellos tienen un mensaje nuevo y un tono intelectual desconocido antes entre nosotros.

El nuevo mensaje se presenta en el caudal de ideas y teorías que esos libros exponen ante las jóvenes generaciones de entonces. Por primera vez se oye en ellos hablar de la teoría de los valores y de sus maravillosas posibilidades para dar nuevos y muy firmes fundamentos a la moral, a la religión, y a la estética, Carlos Jaramillo Borda, Rafael Carrillo, Cayetano Betancur, Abel Naranjo Villegas se hacen eco de estos sistemas axiológicos en ensayos que no solo informaban sobre el estado de la cuestión sino también sobre el pensamiento de los propios autores.

Horizontes amplios abre a los lectores de lengua española la escuela fenomenológica. De Edmund Husserl se leen con profundidad y provecho las *Investigaciones lógicas* y Nieto Arteta resulta su mejor exégeta. Pero de esta escuela tal vez ninguno como Max Scheler despierta el entusiasmo y fervor intelectual de la gente moza. Su conferencia inolvidable sobre "El saber y la cultura" hace que entre nosotros empiecen a desacreditarse los meros eruditos que todo lo saben y en cambio no han pensado nunca nada. El libro de Scheler *El resentimiento en la moral* tiene para muchos intelectuales, la virtud de encararlos con unos aspectos del cristianismo, ricos y profundos, antes no sospechados en la desgana información religiosa que solían recibir. Danilo Cruz Vélez escribe un pequeño libro en el cual supera muchas de las ideas que Scheler hizo conocer en su famoso opúsculo *El puesto del hombre en el cosmos*.

El ensayo sociológico de tipo simmeliano de seguro ha inspirado muchos trabajos de Germán Arciniegas, Hernando Téllez, Cayetano Betancur, etc. Simmel afinó las mentes y las enseñó a meditar sobre cosas que en nuestra cultura tradicional se consideraban indignas de la atención de un hombre de letras.

Más tarde se abre camino la preocupación ontológica y Martín Heidegger es leído en sus primeras versiones al español como aquella famosa de Zubiri sobre *¿Qué es metafísica?*. Pero se adivinó que este profundo pensador hay que captarlo en su propia lengua y en el curso de estos últimos veinte años han viajado a Alemania, Carrillo, Cruz Vélez, Rafael Gutiérrez Girardot, Jorge Rodríguez, etc. y han escrutado el pensamiento heideggeriano a través de su complejo lenguaje filosófico.

La teología y la teoría de la religión también se han hecho más vivas y fecundas en nuestro medio por causa de pensadores protestantes y católicos como Rodolfo Otto, Karl Barth, Romano Guardini, Karl Ranher. Del primero su libro *Lo santo* acendró en muchos la comprensión hacia el misterio de lo sagrado. Guardini y Ranher son hoy acaso los escritores alemanes más leídos en Colombia, en los círculos intelectuales del catolicismo. Alfredo Trendall, el padre Jaime Vélez Correa, Daniel Ceballos Nieto pueden dar muy buena cuenta de todo el caudal de doctrina y pensamiento que estos maestros han aportado a la cultura religiosa moderna.

También la filosofía del derecho de estirpe germánica ha tenido fuerte arraigo entre nosotros en estas últimas tres décadas. Se leen magníficas investigaciones sobre el formalismo kelseniano, sobre el neokantismo axiológico de Radbucch y las posibilidades de la fenomenología y existencialismo para echar nuevos fundamentos en la realidad jurídica. Carrillo, Naranjo y Betancur y muchos jóvenes recién graduados han mostrado en ensayos varios, su posición ante estas grandes corrientes contemporáneas.

EL GENIO ALEMAN

Estos breves apuntes, en relación con la magnitud del tema, atestiguan el inmenso aporte de Alemania en la formación cultural y económica de Colombia. Ella está presente en la conquista, en la colonia, en la independencia, en el desarrollo agrícola, en el proceso industrial, en la tierra, en el mar y en el aire. Los alemanes han convivido con nosotros, inclusive en el devenir de nuestra vida republicana, siempre atentos a mantener la estabilidad de las instituciones, el orden y la paz. Hombres de hogar, de severas costumbres, disciplinados y cultos han fundado entre nosotros claros linajes que son orgullo de Colombia.

Alemania es grande como nación, pero son aún mejores sus hijos como exponentes de la especie hombre. En el pensamiento, en el arte, en las letras han descubierto nuevos continentes para el espíritu humano. Ya está dicho y comprobado que "el milagro alemán" no ha sido nunca obra de gobiernos o de hombres providenciales sino del genio y la disciplina de su pueblo.